Oyó justicia y olvidó á la hermosa
Dama que generoso defendió,
Riquezas, lujo, estancia suntuosa,
Y allá á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura
Unos tras otros á la calle van:
Ninguno allí del compañero cura,
Sálvase como puede cada cual;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto
Mas práctico y sereno, haciendo un lio
De cuanto recoger pudo en secreto
Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire
Apretada su prenda al corazon;
Y desprendido se soltaba al aire
Cuando la gente en el salon entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,
Como en Madrid tan nuevo,
Corrió dos ó tres calles sin destino
Y huyendo acá y allá y á la ventura
Solo se halló y en una calle oscura
Al saltar del balcon perdido el tino.
Y luego se asegura,
Y mira en derredor si alguien le sigue,
Y tranquilo prosigue,
Mas sin saber adónde su camino
Iba despacio andando.

Súbita hirió su oido
La bulla y bailoteo
De una cercana casa, y al ruïdo
Dirigió nuestro héroe su paseo.

Rumor de gente y música se oia
Y voces en confusa algarabía,
Y al estrépito alegre se juntaba
Choque gentil de vasos y botellas,
Y al son de la guitarra acompañaba
Alguno que cantaba
Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina
Y en la casa del baile y la jarana
Vió con sorpresa que á calmar no atina
De par en par abierta una ventana,
Y en una estancia solitaria y triste
Entre dos hachas de amarilla cera
Un fúnebre ataud, y en él tendida
Una jóven sin vida
Que aun en la muerte interesante era.
Sobre su rostro del dolor la huella
Honda grabado habia
Doliente el alma al arrancarse de ella
En su congoja y última agonía.
Y allí cual rosa que pisó el villano
Y de barro manchó su planta impura
Marcada está la mano
Que la robó su aroma y su frescura.

Una mujer la vela,
Vieja la pobre, y llora dolorida
Junto al cadáver y volverle anhela
Con besos á la vida:
Y ora llorando olvida
Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa
Que á alterar de la estancia dolorosa
La lúgubre paz viene,
Y en darla dulces nombres cariñosa
Y en besar á la muerta se entretiene;
Y á veces abren súbito la puerta
Que adentro lleva adonde suena danza,
Y sin respeto y de tropel se lanza
Un escuadron de mozos que la muerta
Con impureza loca contemplando
Búrlanse de la vieja, profanando

Con torpes agudezas la sombría
Mísera imágen de la muerte fria.

Y ella es de ver la vieja codiciosa
En medio dè su amarga
Y síncera afliccion cual la rugosa
Mano al dinero alarga,
Y á los mozos impíos
Les llama entre sollozos *hijos mios*,
Y de llorar ya rojos
Enjuga en tanto sus hinchados ojos.
Y entre suspiros mil echa su cuenta,
Y luego se lamenta
De nuevo, y á su mísero quebranto
Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena
En la cercana sala el vocerío,
La danza, el canto y bacanal faena,
Regocijo, guitarra y desvarío.
Miraba Adan escena tan extraña
Con piadoso interés desde la reja,
Y á la cuitada vieja,
Que en agradar sus huéspedes se amaña,
A par que en llanto de amargura baña
El cadáver aquel que parecia
Que con toda su alma lo queria.
Y el baile y la alegría
De la cercana estancia le admiraba,
Y el bullicioso y placentero ruido
Que confuso llegaba
A mezclarse á deshora su gemido.

Y de saber y averiguar curioso
El caso doloroso
Que unos celebran tanto,
Y aquella mujer llora
Con tan amargo llanto,
Llamó luego á la puerta, y desfadada
Una moza le abrió toda escotada
El traje descompuesto
Con desgarrado modo y deshonesto.

Y entró en un cuarto donde vió una mesa
Entre la niebla espesa
De humo de los cigarros medio envueltos,
Seis hombres asentados
Con otras tantas mozas acoplados,
En liviana postura,
Que beben y alborotan á porfía,
Y aquel el vaso apura,
Y el otro canta y en inmunda orgía,
Con loco desatino
Al aire arrojan vasos y botellas
Ellos gritando, y en desórden ellas,
Y con semblantes que acalora el vino.
Y aquel perdido el tino
Tiéndese allí en el suelo,
Y este bailando con la moza á vuelo
A las vueltas que traen
Tropezando en su cuerpo de repente
Ella y él juntamente,
Sobre él riendo á carcajadas caen.
Bebe tranquilo aquel, disputan otros,
Brincan aquellos como ardientes potros
Que roto el freno por los campos botan,
Y mientras todos juntos alborotan,
Alguno con el juicio ya perdido
Murmura en un rincon medio dormido.

Solícita una moza al forastero,
Llegóse y preguntóle qué queria,
Llamándole, buen mozo, lo primero.
« Quisiera yo, alma mia,
Adan le respondió, si se me deja,
Ver á esa pobre vieja
Que está en ese aposento
Velando á la difunta. » — « ¡Ay, es su hija!
A las seis se murió : buen sentimiento
Nos ha dado la pobre : era una rosa :
¡Todas nosotras la queríamos tanto!
Dios la tenga consigo : tan hermosa
Y ahora muerta, vea usted, ¡pobre Lucía!
Razon tiene en llorar doña María.
Entre usted por aquí. » — Y abrió una puerta

Y hallóse Adan con la afligida madre,
Y el cadáver miró, y á hablar no acierta.
Reina siempre en redor del cuerpo muerto
Una tan honda soledad y olvido,
Tan inmensa orfandad, allí tendido
Desamparado ya del trato humano,
Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,
Que en vano el pensamiento
Presume ahondar tan misterioso arcano,
Y recogido su ambicioso giro
Pliégase al corazon que ahoga un suspiro.

Miraba Adan, miraba los despojos
De aquella un tiempo que animó la vida,
Sobre el cadáver los inmobles ojos
Y el alma con angustia y dolorida:
Y turbia y embebida
La mente contemplándola allí atento,
Embargó sus sentidos
Un mudo inexplicable sentimiento
En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó donde estaba
Parado y aturdido el pensamiento,
Y miraba y callaba
Sin hacer ademan ni movimiento
Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja
Con lastimada voz y entre quebrantos,
Que encuentra eco á su doliente queja
Y halla un consuelo entre pesares tantos
Viendo el mancebo aquel desconocido
Lloroso como ella y dolorido.

— « Véala usted, señor, cuando cumplia
Apenas quince años!.... hija mia! »

— « Buena mujer, repuso con ternura
Volviendo Adan en sí de su letargo,
¿Cómo en tanta tristura,

En tanto duelo y sentimiento amargo,
Permitís ese estrépito á deshora
Y danza y bulla tanta
Mientras dolor tan íntimo quebranta
Vuestro llagado corazon que llora? »

— « ¡Ay, respondió la vieja desolada,
Vivo de eso, señor; no tienen nada
Que hacer esos señores
Conmigo y mis dolores!
Vivan ellos allá con sus placeres,
Y mientras besan el ardiente seno
De esas locas mujeres,
Yo con el corazon de angustias lleno
Beso aquí solitaria en mi agonía
La boca de mi hija muda y fria.
¡Hija mia, hija mia!
¡Ah, para el mundo demasiado buena!
Dios te llevó consigo:
Mas es dura mi pena,
Y cruel, aunque justo mi castigo. »

Dijo, y rompió con tan amargo llanto
Que la voz le robó su sentimiento.
Y en su mortal quebranto,
Convertido en sollozo su lamento,
El llanto que hilo á hilo le caia,
Por sus mejillas pálidas corria.

— « Yo, buena madre, ignoro,
Nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,
Adan le respondió; pero ¿quién pudo
Arrebatar sañudo
La que fué vuestro encanto de esa suerte?
¿Será imposible ya darla la vida?
La antorcha ahora encendida
Si la apaga mi soplo de repente
Juntándola otra luz, resplandeciente
Torna al punto á alumbrar: ¿y aquella llama
Que en la existencia de esa niña ardia
No hay otra luz que renovarla pueda?
¿Acaso inmóvil para siempre y fria

Con el aliento de la muerte queda?
Vos sois pobre tal vez..... ¡ah! con dinero
Quizá se compre; débil y afligida,
Los muchos años vuestro ardor primero
Gastaron ya, y el elíxir de vida
Se halla lejos de aquí..... decidme donde,
Decidme do se esconde,
Y yo allá volaré, sí, yo un tesoro
Robaré al mundo y compraré la vida,
Y la apagada luz, luego encendida,
Vereis brillar, y enjugaré ese lloro,
Volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego
Que haga á esos ojos recobrar su ardor,
Dónde las aguas cuyo fértil riego
Levante fresca la marchita flor? »

Dijo así Adan con entusiasmo tanto,
Con tan profunda fe, con tanto zelo,
Que la vieja, á pesar de su quebranto,
Alzó á él los ojos con curioso anhelo.
— « ¡Pobre mozo, delira!
Si comprar esa vida se pudiera,
Esta vieja infeliz que yerta miras,
Por un hora siquiera,
Por un solo momento
De ver abrir los ojos celestiales
Y otra vez escuchar el dulce acento
De la hija querida de su alma,
¿Qué puedes figurarte que no haria?
¿Qué crímen, qué castigo
Por recobrarla yo no arrostraria,
Y otra vez verla palpitar conmigo?
¿Sabes tú que una hija es un pedazo
De las entrañas mismas de su madre?
Por un beso no mas, por un abrazo,
Y morirme despues, el mundo entero
Pidiendo una limosna correria,
Y con los piés desnudos y mi llanto,
Piedras enterneciera en mi quebranto
Y al mundo mi dolor lastimaria.

¡Oh! que del alma mia
Pobre Lucía que arrancó la muerte,
Y el corazon contigo de mi pecho
Arrancó de esa suerte,
A tantos males y aflicciones hecho!
¡Hora fatal, maldita
Por siempre la hora aquella
Que el hombre aquel te contempló tan bella!!
¡El Señor me la dió y él me la quita!
¡Cómo ha de ser!!... » — Y el corazon partido,
Secos los ojos exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento
Vagando Adan por su cabeza siente,
Que no acierta á explicarse el sentimiento
Que á par que el corazon turba su mente.
— ¡El Señor me la dió y él me la quita!
Repite luego en su delirio insano,
Y penetrar tan insondable arcano
Su mente embarga y su ansiedad irrita

El Dios ese que habita,
Omnipotente en la region del cielo,
¿Quién es que inunda á veces de alegría,
Y otras veces cruel con mano impía
Llena de angustia y de dolor el suelo?
Nombrar le oye do quiera,
Y á todas horas el mortal le invoca,
Ora con ruego ó queja lastimera,
Ora tambien con maldiciente boca.
Tal devanaba Adan su pensamiento
Que en vano ansioso comprender desea,
Y en medio al rudo afan que le marea
Los hombros encogió: dudas sin cuento
De su ignorancia y su candor nacidas,
No del alma lloradas y sentidas,
Sueños de su confuso entendimiento,
Su mente asaltan, y por vez primera
Adan súbito siente
Volar queriendo, sin saber adónde,
Del corazon ardiente
La perpetua ansiedad que en él se esconde.

— «¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,
Madre infeliz, la cana cabellera
Tendida al aire, los quemados ojos
Con muestra lastimera,
Y bañados de lágrimas, de hinojos
No os postrais ante Dios? ¡Ah! si él os viera
Desdichada á sus piés cual yo á los mios
Y los ojos de lágrimas dos rios,
Y ese del corazon hondo lamento
De amarga y melancólica querella
Oyera, y el profundo sentimiento
Que en esa seca faz marcó su huella,
Y en vuestro corazon fijó su asiento,
Contemplara cual yo: ¿porqué á la rosa
Que súbito secó ráfaga impura
No renovara su color hermosa,
Y volviera su aroma y su frescura?
Desdichada mujer, ¡oh! ven conmigo,
Juntos lloremos á sus piés tus penas,
Él nos dará su bondadoso abrigo;
A la fuente volemos
Eterno manantial de eterna vida
Y la rica simiente allí escondida
Juntos recogeremos.
Seca, buena mujer, tu inútil llanto,
Vuélvate la esperanza tu energía,
Y el cuadro de tu mísero quebranto,
Soledad y agonía,
Muestra á ese Dios, y con humilde ruego
Que no será, confía,
Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.»

La vieja en tanto levantó los ojos
Al techo, y murmuró luego entre dientes
Quizá sordas palabras maldicientes,
O quizá una oracion; el mas sufrido
Suele echar en olvido
A veces la paciencia, y darse al diablo,
Y usar por desahogo
Refunfuñando como perro dogo
De algun blasfemador rudo vocablo:
Mas todo se compone

Con un Dios me perdone,
Que así mil veces yo salí del paso
Si falto de paciencia juré acaso,
Y cierto, vive Dios, si no jurara
Que el diablo me llevara,
Que cuando ahoga el pecho un sentimiento
Y el ánimo se achica, porque crezca
Y el corazon se ensanche y se engrandezca
No hay suspiro mejor que un juramento.
Y aun es mejor remedio
Para aliviar el tedio
Mezclarlo con humildes oraciones
Como al son blando de acordada lira
La voz de melancólicas canciones
Confundida suspira;
Y así tambien se dobla la esperanza,
Que adonde falta Dios, el diablo alcanza.
Yo á cada cual en su costumbre dejo,
Que á nadie doy consejo,
Y así como el placer y la tristeza
Mezclados vagan por el ancho mundo
Y en su cauce profundo
A un tiempo arrastran flores y maleza,
Así suelen tambien mezclarse á veces
Maldiciones y preces,
Y yo tan solo lo que observo cuento,
Y á fe no es culpa mia
Que la gente sea impía
Y mezcle á una oracion un juramento.
Testigo aquella vieja
De la antigua conseja
Que á San Miguel dos velas la ponia,
Y dos al diablo que á sus piés estaba,
Por si el uno fallaba
Que remediase el otro su agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado
Ya de seguir á un pensamiento atado
Y referir mi historia de seguida,
Sin darme á mis queridas digresiones,
Y sabias reflexiones
Verter de cuando en cuando, y estoy harto

De tanta gravedad, lisura y tino
Con que mi historia ensarto.
¡Oh, cómo cansa el órden! no hay locura
Igual á la del lógico severo;
Y aquí renegar quiero
De la literatura
Y de aquellos que buscan proporciones
En la humana figura
Y miden á compás sus perfecciones.

¿La música no ois y la armonía
Del mundo, donde al apacible ruido
Del viento entre los árboles y flores,
Se oye la voz del agua y melodía,
Y del grillo y las ranas el chirrido
Y al dulce ruiseñor cantando amores:
Y las de mil colores,
Nubes blancas, y azules, y de oro,
Que el cielo á trechos pintan;
La blanca luna, el estrellado coro
No veis, y negras sombras á lo lejos,
Y entre luz y tinieblas confundidos
El horizonte terminar perdidos
Negros velos y espléndidos reflejos?
Y la noche y la aurora..... —
Pues entonces..... Mas basta, que yo ahora
Del rezo ó juramento
Que allá entre dientes pronunció la vieja,
Así como el que deja
Senda escabrosa que acabó su aliento,
Al llegar á este punto me prevalgo
Y de este canto y de su historia salgo.

APENDICE[1].

EL ANGEL Y EL POETA,

FRAGMENTO INÉDITO DEL DIABLO MUNDO.

ANGEL.

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
De oro del zenit?

POETA.

Quien quiera seas,
Angel sublime del empíreo cielo,
Radiante aparicion, ó del profundo
Príncipe condenado á eterno duelo
Y á llanto eterno; dame que del mundo
Rompa mi alma la prision sombría,
Mis piés desprende de su lodo inmundo
Y en alas de Aquilon álzame y guia!

ANGEL.

¡O hijo de Cain! sobre tu frente
Tu orgullo irreverente

(1) Las seis composiciones que leerán nuestros lectores á continu acion, son muy co conocidas, y es la primera vez que se hallan juntas con las demás obras poéticas immortal Espronceda.

(*N. del Colector.*)